

Versiones y perversiones de Alejo Carpentier

Roberto González Echevarría

EN LOS ESTADOS UNIDOS SE HAN VENIDO DESARROLLANDO campañas comerciales que explotan la fama de muertos célebres, llegando hasta a vender un estilo de muebles Hemingway, basado en los de la casa del escritor en Cojímar. Se plantea resucitar a Babe Ruth con el milagro del vídeo para ponerlo a anunciar productos de diversa índole, y algunos miembros de la familia de Micky Mantle parecen estar también dispuestos a lucrar con la figura del recién fallecido astro del béisbol. Alejo Carpentier está siendo objeto de una explotación parecida: se parcela por temas su numerosa obra periodística para componer volúmenes sobre cine, música, literatura, pintura, y así sucesivamente. Y su narrativa se envuelve en paquetes diversos, también por temas, que se ofrecen al lector como más deleitables o instructivos que la venta por separado o en tomos de las obras completas. Éstas, por cierto, no son ni con mucho tales, porque fueron recopiladas sin rigor filológico mínimo. Lamentablemente ha sido la fortuna póstuma de Carpentier, cuya imagen pretenden bruñir personas de cuestionable cultura literaria o académica cuyos transparentes motivos son el interés o la autopromoción. *Visión de América*¹ es el último —pero sospecho que no lo será por mucho tiempo— producto de esta industria de refritos carpenterianos.

Visión de América presenta a un Carpentier monolítico y ahistórico que corresponde a la imagen que él mismo se quiso crear al final de su vida, que dio como resultado su desastrosa última novela, *La consagración de la primavera*

¹ Alejo Carpentier, *Visión de América*, prólogo Alejandro Cánovas Pérez. Barcelona, Seix Barral, 1999.

(1978). Es un Carpentier que no evolucionó, que fue siempre el mismo, haya sido publicitario en la Venezuela de Marcos Pérez Jiménez o diplomático en la Cuba de Fidel Castro. Consecuente con esto, pero al margen de las normas más elementales de una colección de esta índole, no se dan ni la procedencia de los textos ni su fecha original de publicación. Se recogen en el libro seis crónicas de 1947 en que Carpentier narra un viaje a la Gran Sabana, y que son a todas luces un primer borrador de *Los pasos perdidos* (1953); una serie de textos breves tomados de la columna «Letra y solfa» que Carpentier publicó durante los años cincuenta en *El Nacional* de Caracas; la transcripción de dos conferencias sobre el Caribe; y el de una conferencia pronunciada en la Universidad Central de Venezuela en 1975. Salvo los textos sobre la Gran Sabana, cuatro de los cuales ya habían sido incluidos en una colección anterior, los demás son puramente de ocasión y no merecían ser reproducidos en un libro como éste, amén de que también habían aparecido ya en otras colecciones de índole parecida. El último, la conferencia en la que Carpentier pretende aleccionar a los estudiantes venezolanos sobre el deber de estudiar la historia de América, es verdaderamente patético e indigno del gran Carpentier de los relatos y novelas.

El prólogo de Alejandro Cánovas Pérez es, para ser caritativo, de un nivel estudiantil. Está tan mal escrito que alguna de sus torpezas merece citarse. Para referirse a la etapa entre 1939 y 1945 que Carpentier pasó en Cuba, por ejemplo, Cánovas dice, con retorcido circunloquio: «En su etapa vivida en Cuba —anterior a su estancia en Venezuela (1945-1959) y posterior a la de Francia (1928-1939)— se publicaron...» (P. 8). En otros casos la vaguedad parece deshonestidad, si bien es cierto que la imprecisión imperante permite la duda. Cánovas pasa como gato sobre ascuas por sobre el engorroso tema de la mentira de Carpentier acerca de su lugar de nacimiento (Lausana, no La Habana como afirmó toda su vida): «Nacido en 1904, el narrador cubano entraba en su madurez vital cuando...» (P. 8). Brilla por su ausencia el segundo «en...» Y cuando pretende hacer una interpretación de supuestas teorías carpenterianas, Cánovas apela a las bastardillas para enfatizar lo que dice antes que a argumentos convincentes, estrategia tan pueril que uno se pregunta cómo sus editores se la toleraron.

Se le da al tomo el título *Visión de América* que encabeza la publicación en periódicos y revistas de las crónicas del viaje a la selva, pero no se dice si Carpentier tuvo la intención de usarlo en un eventual libro que nunca llegó a completar. Para 1947 «Visión de...» era un lugar común cuyo origen más próximo era *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes, algo que pudo haber influido en la decisión de Carpentier de no usarlo. No se menciona en el prólogo la nota que aparece en la primera entrega de estos artículos cuando aparecieron en *Carteles* entre enero y junio de 1948, en la que se dice que Carpentier tenía proyectado escribir un libro intitolado *Libro de la Gran Sabana* basado en su viaje, ni se menciona tampoco la evidente relación de estos textos con *Los pasos perdidos*, que es su mayor interés. Esa nota o fue escrita por el propio Carpentier o la redacción de *Carteles* la escribió basándose en información

suministrada por él —a mí me suena que es del propio Carpentier—. En artículos de finales de los setenta, y en *Alejo Carpentier: The Pilgrim at Home* (1977) estudié detenidamente la relación entre *Los pasos perdidos* y el inconcluso libro de viajes, así como la importancia en la elaboración de la novela de muchos libros mencionados en las crónicas de 1947, en particular los de Schomburgk y Humboldt. Esta información y comentario se repite y amplía en mi edición crítica de la novela, publicada por la Editorial Cátedra de Madrid en 1985. Porque lo crucial es que Carpentier no concluyó el *Libro de la Gran Sabana* sino que desplazó el yo autobiográfico del cronista de viajes al yo ficticio de la narración en primera persona de *Los pasos perdidos*. Esa transformación es del más alto interés en la evolución de su obra posterior, que es muy distinta a la de los años cuarenta, aunque ésta se dé a conocer en *Guerra del tiempo* (1958), y en las teorías de lo «real maravilloso», que son de 1949, pero que no son ya vigentes en *El siglo de las luces* (1962) y otras obras de los sesenta y setenta. Como todo escritor, como todo ser humano, Carpentier evolucionó a lo largo de su vida.

La omisión de la nota de *Carteles* podría tener como objetivo soslayar la verdadera naturaleza del viaje de Carpentier en julio de 1947, aunque dada la pobreza del prólogo de Cánovas no se puede descartar la ignorancia. La nota reza: «En el mes de julio pasado, nuestro colaborador Alejo Carpentier realizó uno de los viajes más extraordinarios que puedan hacerse hoy en América del Sur. Saliendo de Ciudad Bolívar, a orillas del Orinoco, voló a la Gran Sabana, por encima de las cabeceras del Caroní, en un avión especial del Ministerio de Comunicaciones de Venezuela, acompañando una comisión técnica dirigida por el ministro doctor Antonio Martín Araujo...» (*Carteles*, 25 de enero de 1948, p. 35). En efecto, en una foto que acompaña «El último buscador del Dorado» (*Carteles*, 9 de mayo de 1948, p. 15), que no se reproduce en *Visión de América* (no se incluyen las fotos, con sus interesantes pies de grabado), aparecen Carpentier, el ministro Araujo, y además el ministro de comunicaciones Gonzalo Barrios. ¿Cómo consiguió Carpentier sumarse a este viaje oficial? Y, por supuesto, el carácter aventurero del viaje se disipa cuando sabemos que fue hecho en compañía de una misión de nivel ministerial, equipada de aviones y demás comodidades. Carpentier quiso creer sus propias ficciones y pasarse por hombre de acción, pero fue sobre todo un literato. El debate entre las armas y las letras, por cierto, bulle en su obra como tema principal hasta *La consagración de la primavera* (1978), donde, en vez de unas memorias honestas, Carpentier se imaginó las vidas que hubiese querido vivir. Como antes en *Los pasos perdidos*, prefirió la licencia poética de la máscara novelística al yo autobiográfico que hubiera tenido que dar cuenta de la realidad de su vida sin escamotear datos comprobables como el lugar de nacimiento.

Carpentier no fue un gran ensayista. El ensayo es un género dúctil, fluido, que parte de un yo cuya situación e interioridad están en juego, y que dialoga con el lector. En efecto, su origen en el siglo XVI —en Montaigne— no es otro que el diálogo clásico, de donde proviene el tono conversacional de los interlocutores, uno de los cuales, por separado, se convertirá en el ensayista. Por su henchida erudición, y por el hábito del periodismo practicado desde el

extranjero, en que suministraba información al lector cubano, la prosa de Carpentier resulta demasiado recargada de datos y carece de un sujeto que se le revele al lector con intimidad, ni mucho menos de igual a igual y dispuesto a conversar con él. A esto se añade una retórica anticuada de la que raras veces pudo despojarse Carpentier, cuyo más chocante giro es una molesta segunda persona del plural —un vosotros— que suena cursi (picúo) entre cubanos. Los «pensad» o «imaginad» de Carpentier, siempre en imperativo, sólo se escuchan entre nosotros en el idioma litúrgico del himno nacional («corred, os contempla, no temáis, escuchad»). Hay también repetidos engolamientos en que se transparenta el francés («Pero he aquí que», *mais voici que*). Como periodista Carpentier tenía buen ojo para lo raro, lo nuevo, sobre todo en materia de arte, inclusive el popular, y no hay duda de que dejó algunos ensayos notables, como «La ciudad de las columnas» o «Martí y Francia», y el hermoso libro *La música en Cuba* (1946), pero no fue éste su mejor género. En el contexto cubano no supera como ensayista a Mañach, a Marinello o a Lezama, y en el latinoamericano no puede compararse con Mariátegui, Reyes, Henríquez Ureña, Borges, Martínez Estrada o Paz.

Carpentier fue un gran escritor de ficción, un novelista y cuentista de primer rango sin cuya obra la narrativa latinoamericana moderna no podría haber existido. Sin Carpentier no hubiese habido García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa y tantos otros más. Su contribución decisiva fue demostrar, en la práctica de su escritura, que la fábula más original y trascendente para la ficción latinoamericana era la historia del Nuevo Mundo, el único relato capaz de parangonarse con los grandes mitos de la tradición occidental desde Homero y la Biblia. Ese relato es el de la ruptura que el Descubrimiento efectuó en el discurso occidental, que se repite en las reiteradas rupturas de la historia americana, en el ansia congénita de renovación, en el apremio por cerrar la grieta histórica con un final milenarista, con una utopía que restaure la unidad perdida pero siempre añorada. El relato trasciende los destinos individuales, por eso Carpentier dejó papeles más que personajes memorables —el acosado, el peregrino, el guerrero— y sus novelas y relatos tienden a lo alegórico y al barroco, movimiento en que chocaron el racionalismo moderno volcado al infinito, afincado en un vacío sideral cartografiado por Copérnico y Galileo que el Descubrimiento había propiciado, con interpretaciones religiosas, de estirpe medieval, que se agotaban en retorcimientos silogísticos, retóricos y poéticos de una belleza sombría, engrandecida por el culto a la muerte, el otro infinito. No es poco. En esta propuesta de una poética americana Carpentier se codea con Eliot, Pound, Borges, superando a Paz, a la postre derivativo. En los casi treinta años que van desde *El reino de este mundo* (1949) a *El arpa y la sombra* (1978) Carpentier publicó una obra de un valor literario tal, y que ha sido tan influyente, que no necesita el dudoso homenaje que un volumen como *Visión de América* pretende rendirle.